Una Institución cultural consolidada

Mario Aldana Rendón
Universidad de Guadalajara

La Cultura no ha sido una empresa fácil en México. Diferentes factores han influido para que así sea: el desdén histórico hacia las actividades consideradas no productivas desde el punto de vista económico; la ausencia de recursos económicos, pretexto recurrente esgrimido por las autoridades; el marcado desinterés empresarial por financiar proyectos que no dejarán ganancias; y ese largo letargo intelectual que mantiene en constante modorra el cerebro de buena parte de los mexicanos, son, entre otras, las causas fundamentales para que la vida cultural siga siendo una cuestión que interesa a unos pocos. No pocos proyectos han muerto en el intento de enfrentar y superar estas dificultades. Haberlo logrado, hace más meritoria la permanencia de El Colegio de Jalisco, institución que a lo largo de sus primeros 19 años de vida, ha tenido como principal motivación investigar el pasado y el presente de Jalisco de manera seria y profesional, esfuerzo que justamente le ha sido reconocido no sólo en el terruño, sino en todo el país y en el extranjero.

Si El Colegio goza hoy de merecido prestigio, sus inicios fueron azarosos y la empresa casi se malogra, como enseguida veremos. En Jalisco, el más remoto antecedente de las instituciones de investigación social profesionalizada fue el Plan Lerma, institución que, descentralizada del gobierno federal, por los años sesenta orientó sus trabajos de investigación al análisis de los impactos económicos y sociales en la Cuenca del río

Lerma-Santiago, estudios que fueron casi siempre de una gran calidad; de este grupo de trabajo surgieron investigadores que posteriormente realizaron importantes tareas en la función pública o en la vida académica.

A principios de la década de los setenta, se instaló la delegación regional del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) cuya sede fue el Museo del Estado, en donde un pequeño grupo de investigadores profesionales orientó sus trabajos hacia los campos de la historia y la arqueología regionales. Con esta decisión, el INHA se desligó del compromiso que, desde 1958, tenía con el Instituto Jalisciense de Antropología e Historia, dependiente de la Universidad de Guadalajara, institución que en sus años de existencia se dedicó fundamentalmente al estudio paleográfico, a publicar textos inéditos y a reeditar obras clásicas de la historia colonial de la Nueva Galicia.

Fue hasta el año de 1976, al crearse el Instituto de Estudios Sociales, cuando finalmente la Universidad de Guadalajara tomó las primeras decisiones institucionales para profesionalizar la investigación histórica y social. Antes, si bien la Universidad contaba con los institutos de Botánica, Astronomía y Meteorología, Bibliotecas, y Geografía y Estadística, solamente algunos de sus integrantes, como los profesores José Guadalupe Zuno Hernández y José Luis Razo Zaragoza, disfrutaban y ejercían una plaza de investigador; el resto del personal laboraba con plaza de docente o de personal administrativo. Por esas fechas, el nombramiento de investigador todavía era considerado una suerte de "aviaduría" con la que se favorecía a universitarios cercanos al grupo político de la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG), que regenteaba la Universidad.

Si en Jalisco el panorama de las ciencias sociales e históricas era muy pobre, en la ciudad de México ocurría lo contrario. A partir del movimiento estudiantil de 1968, la comunidad académica buscó en la investigación social las respuestas que explicaran las causas de la evolución del pueblo mexicano y la solución para los grandes problemas nacionales; en consecuencia, las

grandes obras de historia que tamizaron al Porfiriato y a la Revolución se multiplicaron.

De manera paralela, siguiendo el ejemplo del INAH, instituciones como la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y El Colegio de México buscaron descentralizarse y establecer sedes regionales en algunos estados del país. La creación de El Colegio de Michoacán y El Colegio de la Frontera despertó en varios de los egresados de El Colegio de México que se encontraban en Guadalajara la inquietud por crear El Colegio de Jalisco. El camino para lograrlo fue largo y nada sencillo; las paternidades y maternidades del proyecto fueron diversas, y sus esfuerzos a veces encontrados.

Desde el principio, tanto José María Muriá como Carmen Castañeda, egresados de El Colegio de México, fueron entusiastas promotores. A ellos se sumaron Patricia Arias, Carlos Alba Vega y Fabián González, entre otros, respaldados por el doctor Luis González y González, presidente de El Colegio de Michoacán, quien se convirtió en el más importante difusor de las bondades de instalar El Colegio de Jalisco ante las autoridades culturales más importantes del país.

La idea ganaba adeptos, pero faltaba obtener el visto bueno del gobierno del estado, encabezado en ese momento por Flavio Romero de Velasco. El Gobernador tenía una noción muy clara del papel de la historia en la vida cultural de la sociedad, y por ello había creado el Archivo Histórico de Jalisco y firmado un convenio con el INAH para la realización de la *Historia de Jalisco*, obra en cuatro tomos que dirigió José María Muriá y que fue editada en 1982.

Obtener el apoyo del Gobernador fue una tarea que se echó a cuestras el entonces secretario general de gobierno, Alfonso de Alba Martín, quien desde el principio se convirtió en ferviente impulsor del proyecto, el que prácticamente asumió como suyo. De Alba Martín había sido secretario general de gobierno con Agustín Yáñez (1955-1959), y diputado federal y director de Pensiones del Estado en el gobierno de Alberto Orozco Romero (1971-1977). En el ámbito cultural fue reconocido como

escritor con sus libros: *Entonces y ahora* (1944); *La provincia oculta* (1949); *Antonio Moreno y Oviedo y la generación de 1903* (1949); *Al toque de queda* (1953) y *El Alcalde de Lagos y otras consejas* (1957).

Con su respaldo se realizó, en el mes de agosto de 1981, el Primer Encuentro de Investigación Jalisciense. Economía y Sociedad, el cual tuvo como sede el Museo Regional de Guadalajara. Esta reunión cumplió a la perfección los dos objetivos que la motivaron: por una parte, asegurar la presencia de los investigadores de mayor renombre en el conocimiento de los temas económicos y sociales de la entidad, y concluir que tan amplia temática de investigación hacía necesaria la creación de nuevas instituciones de investigación social en el estado.

Finalmente, el 9 de noviembre de 1982, ante el Notario Público suplente adscrito al número 47 del municipio de Guadalajara, comparecieron: Luis González y González, representando a El Colegio de Michoacán; Víctor L. Urquidi, por El Colegio de México; Enrique Zambrano Villa y Enrique Alfaro Anguiano, por la Universidad de Guadalajara, así como Flavio Romero de Velasco y Alfonso de Alba Martín, por el gobierno de Jalisco, con el objeto de constituir una asociación civil denominada El Colegio de Jalisco, cuyo propósito “será realizar investigación académica y programas de docencia a nivel universitario en las áreas de Ciencias Sociales y de Humanidades”; difundir los resultados a través de libros y revistas; y colaborar con otras instituciones nacionales o extranjeras “para formar y perfeccionar personal especializado en tareas de investigación y docencia de alto nivel”.

En el acta constitutiva se define a la Asamblea General de Asociados como la máxima autoridad de la asociación, con atribuciones para vigilar el cumplimiento de sus objetivos; para designar y remover a los miembros de la Junta de Gobierno; examinar y aprobar, en su caso, el programa de actividades, las propuestas presupuestales de ingresos y egresos, el informe anual de la Junta de Gobierno, y aprobar el informe contable. Por su parte, la Jun-

ta de Gobierno actuaría como órgano de dirección y administración y se integraría con trece miembros honorarios, cuyo cargo duraba seis años, pudiendo ser reelectos; la Junta de Gobierno podía delegar en un presidente “las facultades de administración y dominio que estime pertinentes para el mejor funcionamiento de la asociación.”

Las personalidades que comparecieron se constituyeron en la primera Asamblea General de Asociados Numerarios y designaron a los integrantes de la primera Junta de Gobierno de El Colegio de Jalisco de la siguiente manera: José Rogelio Álvarez, Antonio Gómez Robledo, Luis González y González, Juan Rulfo, Julio Labastida, Juan José Arreola, Manuel Rodríguez Lapuente, Sandra López Benavidez, Arturo Rivas Sáinz, Juan López Jiménez, Eugenio Pelayo López, Heriberto Villaseñor Morales, y Alfonso de Alba Martín. En tanto la Junta de Gobierno pudiera reunirse para designar un presidente de la misma, se nombró una Comisión Coordinadora integrada por Carmen Castañeda de Silva, Carlos Alba Vega y Patricia Arias.

Se vivían, en ese momento, tiempos de cambios políticos que tal vez impidieron que los miembros de la Junta de Gobierno pudieran reunirse para nombrar al presidente. Miguel de la Madrid Hurtado asumiría la Presidencia de la República el primero de diciembre de ese año, y en el ámbito local, de manera inesperada surgió como candidato al gobierno del estado el entonces diputado federal, Enrique Álvarez del Castillo, lo que significaba que el grupo de Flavio Romero de Velasco sería desplazado, tal como se estilaba en la política nacional.

El Colegio de Jalisco había nacido, pero no contaba con un presidente de la Junta de Gobierno; tampoco tenía un presupuesto que asegurara su funcionamiento. El futuro era, pues, muy incierto para la Institución. A pesar de ello, en su último informe de gobierno, Romero de Velasco calificó a El Colegio como “nuestra más alta institución de cultura a nivel de postgrado.”

Cuando el primero de marzo de 1983 Álvarez del Castillo asumió el gobierno del estado, un nuevo grupo

político se dispuso a reinventar la realidad, considerando que todo lo que se había hecho en el pasado estaba mal. Esta práctica canibalesca de la política nacional era impuesta por los propios presidentes que querían pasar a la historia como grandes innovadores y constructores de un México que se descubría cada seis años. No resultó extraño, entonces, que El Colegio fuera el patito feo de la nueva administración. Arrinconada en algunas aulas del Hospicio Cabañas, la Institución era considerada una herencia del pasado a la que no se sabía que destino ofrecerle.

Con el nuevo gobierno, la Universidad de Guadalajara recibió un trato privilegiado, muy diferente de aquellas relaciones tensas y conflictivas que se vivieron durante el gobierno de Romero de Velasco, por lo que no fue extraño tampoco que las más altas autoridades universitarias consideraran a El Colegio un competidor indeseable, cuyo destino final poco les importaba. Entre tanto, los miembros de la Comisión nombrados por la Junta de Gobierno de El Colegio, iban de puerta en puerta a las oficinas de gobierno en busca de fondos presupuestales para sostener, al menos, los gastos administrativos.

Finalmente, el 28 de julio de 1983 pudieron reunirse diez miembros de la Junta de Gobierno, quienes de manera unánime eligieron al licenciado Alfonso de Alba Martín como presidente de la misma. El Colegio tenía, al fin, un interlocutor y representante legal que abogara por la Institución ante las autoridades del estado.

Pero las cosas cambiaron muy poco. El gobernador había definido sus prioridades en materia cultural y su principal preocupación fue consolidar el recién creado Instituto Cultural Cabañas. José Rogelio Álvarez, quien con Eugenio Pelayo López se han mantenido comprometidos con El Colegio de Jalisco desde su fundación hasta estos momentos, al pronunciar, el 6 de noviembre de 1997, el discurso alusivo al XV aniversario de la Institución, describió de manera admirable esos años difíciles en los que, además de publicar la revista *Encuentro*, poco pudo realizar El Colegio "debido a la indiferencia

de un gobernador sin arraigo, superficial, desdeñoso de toda preocupación por penetrar en la hondura histórica y social de Jalisco.”

Pero si la política mantuvo casi moribundo a El Colegio, la política, a su tiempo, le dio nueva vida. Cuando el primero de marzo de 1989, Guillermo Cosío Vidaurri asumió el cargo de gobernador del estado, a Alfonso de Alba le faltaban cuatro meses para cumplir seis años como Presidente de El Colegio; intentó negociar su reelección, pero no obtuvo la unanimidad requerida. A pesar de ello, permaneció en el cargo hasta el mes de agosto de 1991, cuando finalmente presentó su renuncia a la Junta de Gobierno.

Los tiempos habían cambiado y El Colegio necesitaba ponerse a tono con los mismos; no sólo era indispensable poner al frente del mismo a un investigador de reconocido prestigio sino, además, que tuviera buenas relaciones con el gobierno local, y con los centros culturales y los círculos de poder de la ciudad de México; se trataba de darle una nueva fisonomía a la Institución, que le permitiera alcanzar su consolidación académica. Para cumplir tales propósitos, José María Muriá fue nombrado presidente de la Junta de Gobierno.

Después de concluir la obra *Historia de Jalisco*, José María Muriá desempeñó, en la ciudad de México, el cargo de Director de Archivos y Bibliotecas de la Secretaría de Relaciones Exteriores, invitado por el titular de la misma, Bernardo Sepúlveda Amor. Al concluir la gestión del presidente Miguel de la Madrid, Muriá se radicó de nuevo en Guadalajara, reintegrándose a su plaza de investigador en el INAH, y con el arribo de Raúl Padilla López a la rectoría de la Universidad de Guadalajara, fue posible su reingreso a dicha institución, en donde puso en marcha el Programa de Estudios Jaliscienses.

Sus relaciones de amistad con la familia Cosío, sobre todo con César Octavio, con Enrique Dau Flores, así como aquellas que pudo consolidar desde la Secretaría de Relaciones, le significaron un trato deferente y puertas abiertas en importantes centros de decisión. Se

puede decir, entonces, que a partir del 11 de septiembre de 1991 en que asumió su primer periodo como Presidente de la Junta de Gobierno de El Colegio de Jalisco, esta institución volvió a la vida.

Los logros alcanzados por José María Muriá en sus diez años al frente de El Colegio, sólo pueden ser enunciados de manera general. En el año de 2000, se encontraban en proceso 18 proyectos de investigación. En el área de actualización y formación académica, El Colegio ofreció la Maestría en Estudios sobre la Región y el Doctorado en Ciencias Sociales; también los diplomados en: Historia y Geografía de Jalisco; Cultura Jalisciense; Jalisco Contemporáneo, y el Programa de Estudios Aplicados en Gobierno Local y Regional. Se consolidaron relaciones académicas con el Instituto Duque de Alba, de la ciudad de Ávila, España, y se firmaron convenios de coedición con la Diputación Provincial de Ávila, los ayuntamientos de Guadalajara y Tonalá, la Universidad de Guadalajara, la Autónoma de Puebla, la Generalitat de Catalunya y la Secretaría de Cultura del Estado.

De gran importancia para la difusión de la historia y los valores culturales de las regiones de Jalisco, han sido los coloquios realizados en diferentes ciudades; estos ejercicios de reflexión y de discusión de los hechos locales, han despertado grandes expectativas entre sus habitantes, surgiendo grupos de estudio interesados en reconstruir su historia y su cultura particular. Las ponencias y textos que se presentaron en dichos foros, han sido publicados en la revista *Estudios Jaliscienses*, proyecto editorial que ya cumplió 10 años de vida “con la mirada puesta en el Occidente.” Esta es, sin duda, una de las actividades de mayor trascendencia llevada a cabo por El Colegio, porque supone el reencuentro de los habitantes de los municipios y regiones con su pasado y con su historia, con su cultura y con su identidad.

El Colegio cuenta con una de las bibliotecas más importantes del estado; en su catálogo se encuentran 70 mil volúmenes, la mayoría de los cuales pueden ser consultados por Internet; también se puede acceder, por medio de la red de consulta del INEGI, a la informa-

ción sobre los fondos de 18 instituciones de educación superior.

Gracias a la asociación civil Amigos de El Colegio de Jalisco, empresarios y particulares amantes de la cultura realizan aportaciones con las que se financian algunas de las actividades de la institución.

Se incorporaron como nuevos miembros de número de la Asamblea las siguientes instituciones: Instituto Nacional de Antropología e Historia; los ayuntamientos de Guadalajara y de Zapopan, y el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

El Colegio tuvo, durante varios años, una sede itinerante. Era una institución nómada, trashumante, sujeta a los designios del poder, o las exigencias de la naturaleza. Primero estuvo en el Hospicio Cabañas, después en Avenida de las Rosas 543; pasó de ahí al ex convento de Analco, pero a consecuencia de las explosiones del mes de abril de 1992, tuvo que hacer maletas de nuevo para permitir la instalación del Patronato de Reconstrucción, ubicándose de manera provisional en el domicilio particular del doctor Muriá. Intensas negociaciones con el presidente municipal de Zapopan, Jorge Chavira, concluyeron felizmente con la adquisición de la finca propiedad de la familia Hernández Allende ubicada en la calle de Cinco de Mayo, en donde parece haber encontrado su sede definitiva.

El Colegio de Jalisco fue un proyecto impulsado por diversas personalidades, pero sin duda la firmeza de Alfonso de Alba para no darse por vencido logró, a final de cuentas, preservar la idea y las posibilidades del mismo en medio del desinterés oficial: ese fue su mayor logro. En la segunda etapa, si bien José María Muriá ha sido el gran motivador de la intensa actividad que El Colegio ha llevado a cabo durante su presidencia, no ha sido una labor solitaria, porque siempre ha tenido cerca un equipo muy profesional de investigadores y administradores que han hecho realidad las ideas y los planes de trabajo, y cuyas aportaciones al conocimiento de nuestra historia estatal han dado prestigio y reconocimiento a la Institución. Estoy seguro que todos los miembros de esa comu-

nidad académica son celosos de sus responsabilidades y de su trabajo; creo, sin embargo, que Angélica Peregrina, Jaime Olveda, Agustín Vaca, Oscar García Carmona y Juan Arturo Camacho, representan el carácter y la energía creadora que definen la personalidad de El Colegio.

La Institución ha pasado incluso la prueba de la alternancia política sin que sus funciones académicas se hayan visto afectadas por ello. Esperemos pues, que los nuevos tiempos que vive el país liberen de manera definitiva, no sólo a El Colegio sino a todas las instituciones de cultura y de educación superior, de las presiones del poder para intervenir y decidir el destino de su vida cultural y educativa en función de afinidades ideológicas o políticas.